

Año I.

Madrid 11 de Mayo de 1924

Núm. 12.

LA GUERRA DE LOS ANIMALES O EL ORGULLO VENCIDO



Los animales, al verse vestidos de personas, consideraron que debían hacer honor a sus trajes. Las melenas despeinadas, la piel sucia por el sudor y por el polvo, las uñas negras, no estaban en consonancia con la brillantez de sus uniformes. Así, pues, acordaron bañarse, perfumarse, peinarse, acicalarse, hacerse la toilette, en una palabra, con la mayor pulcritud. El Hipopótamo, que era el más cochino de todos y por lo tanto el que olía peor por haberse pasado la vida en el agua pestilente de las ciénagas, se fregó la espesa piel con agua de colonia, se untó de vaselina, para que su pellejo barnizado brillara con el sol, e hizo del colmillo puntiagudo que le salía a guisa de nariz, un depósito de esencias. Un habilidoso mono se encargó de llevar a cabo esta complicada operación. El elefante, por no ser menos que su compañero el presumido hipopótamo, se untó toda la piel de blanco perla o blanquete como si fuera una dama presumida. Se dió también varios benjunjes y con jabón de olor se lavó los pies. El tigre, que contemplaba muerto de envidia aquellos refinamientos de sus compañeros, no quiso ser menos, y llamó a un manicuro para que le puliera las uñas como si fuera un marqués... El puerco espín se afeitó las cerdas puntiagudas que envolvían su piel; la leona se pintó de colorete, se dió polvos de arroz, y betún negro en las pestañas como

si fuera una cupletista... En resumen, todos los grandes y fieros animales de la selva perdieron la cabeza. Si los brillantes y pintados uniformes les sacaron de quicio, los afeites acabaron por envanecerles. Algunos llegaron hasta olvidar que se preparaban para una cruenta y encarnizada guerra; al contrario, parecía que iban a asistir a un remilgado baile de sociedad.

Los pequeños, los despreciables animales pequeños, el pobrecito ratón, la pobrecita hormiga, la pobrecita pulga, la mosca, la cucaracha, que temían tanto a los grandes, no sólo por su fiereza y poder, sino por la prosopeya de su imponente presencia, perdieron casi por completo, el temor a ellos al verlos tan desfigurados, tan pulidos, tan remilgados... El ratón, para mofarse de la leona, le envió un ramo de flores para que se lo pusiera en el nacimiento del rabo, y la abeja mandó al elefante un tarrito de pegajosa y dorada miel, para que se rociara la piel, y se le quedaran pegadas todas las moscas. La araña tejó para la cabeza del león, una corona de ajos y laurel, como anticipado premio a la futura victoria. El zorro... como siempre, en silencio, espionando los manejos de los grandes para en el momento oportuno caer sobre ellos y vencerlos.



Regalos de CAPERUCITA

En el sorteo verificado correspondiente al número anterior, ha sido agraciado el

7.227

El afortunado poseedor del ejemplar que lleve este número, en el cupón que **insertamos en última plana**, puede comunicarnos su nombre, apellido y residencia (población, calle y número) para enviarle nuestro regalo, previa presentación de dicho cupón.

UN LINDO JUEGO DE SALTITOS

Para jugar a este juego hay que señalar en el suelo un amplio anillo. Los jugadores se ponen dentro del anillo y a una voz de uno de ellos, todos se quedan a pie cojito. El juego consiste en procurar cada uno echar a los otros fuera



de' anillo. Hay que advertir que sólo se puede empujar con los hombros y que hay que estar con los brazos cruzados. Cuantos van saliendo del anillo, han perdido el juego. El último que quede es el campeón.



—Camarero, ¿es fresco este pescado?
—No lo sé, señor. No llevo aquí más que una semana.

EL JUEGO DE LOS PALITOS

Verán ustedes Se venda los ojos a todos los jugadores, menos uno. Este planta en el suelo—hay que jugar en un jardín o en el campo—tantos palitos como jugadores haya, y tres



o cuatro más. Cuando están plantados los palitos, da la voz de salida, y los jugadores, a ciegas, naturalmente, se ponen a buscarlos. El que logre encontrar más palitos, es el que gana.

¡QUE ARDA, QUE ARDA EL MAMARRACHO!



—¡Hurra! ¡Viva!—gritan los niños alegremente alrededor de la hoguera. Están quemando un pelele, un mamarracho, y armando una algarabía de dos mil demonios. Si queréis saber qué pelele es el que está en la hoguera, trazad una línea que vaya del 1 al 2, del 2 al 3 y así hasta el último número.

LA SUERTE DE CEBEDEO



Cebedeo era un pobre diablo, que vivía como Dios le daba a entender. Una mañana llamó a una puerta a pedir una limosna, y tuvo la suerte de que le dieran un par de botas muy apañaditas, aunque ya usadas. El pobre Cebedeo, que no había pegado un ojo en toda la noche, buscó un lugar solitario, se sentó en el suelo y se echó a dormir. De tanta suerte se levantó aquel día, que hasta



sus ronquidos sirvieron de algo bueno. Se había sentado junto a la ventana asotanada—lo cual quiere decir de sótano, no de sotana—de una cocina, y la cocinera, compasiva, le sacó y puso junto a las botas una fuente estupenda de sopas de ajo. Al despertar nuestro hombre, dudando aun si estaría soñando todavía, cogió sus botas y sus sopas de ajo y se fué a una alameda apartada del



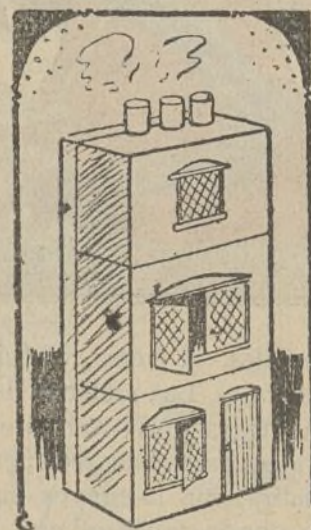
centro de la ciudad a estrenar las botas y a comerse la fuente. Ya sé que las fuentes se beben, pero os aseguro que en este caso se comen. En tanto se ponía las botas, depositó la fuente en un banco, sin ver el infeliz que bajo el asiento, nuestro conocido chuchó "Chuchería", se hallaba entregado al más perruno de



los sueños. Pues bien: se pone las botas, y, tan poco acostumbrado estaba a calzarse un calzado decente, que, apenas se incorpora, da un resbalón espantoso y hace, con el ruido del golpe, que se despierte "Chuchería", vea la fuente, y se apropie el banquete que estaba destinado al pobre Cebedeo.

UNA CASA DE MUÑECAS IDEAL

Aquí tenéis un modelo para casa de muñecas ideal y muy fácil de hacer. No necesitáis más que una caja de zapatos—sin zapatos, naturalmente—. Yo lo hago así: divido el respaldo de la caja en tres partes iguales. En la parte baja a la derecha recorto una puerta, dejando, claro, un lado sin cortar a fin de que la hoja pueda abrirse y cerrarse. En la misma parte baja, a la izquierda, dibujo y abro una ventana. Creo que los lectores de CAPERUCITA son lo suficientemente inteligentes para comprender cómo se ha de terminar la construcción de la casa. Basta para ello mirar con un poco de detenimiento el dibujo. Para poner las chimeneas, se abren tres agujeros, cuyo diámetro será del ancho que más os convenga, y luego se introduce en ellos tres cartulinas enrolladas. Y ahora, vengan lápices de colores y a lucirse en el arte de Murillo.



LA FELICIDAD DE LOS NEGROS

Juanito.—Oye, mamá, los negritos deben ser la mar de felices.

La mamá.—¿Por qué, corazón mío?

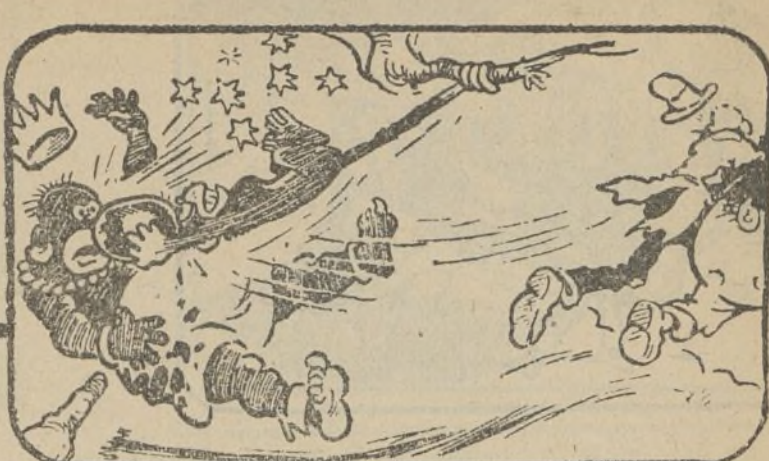
Juanito.—Porque las mamás no sabrán nunca cuando sus nenes tienen las manos sucias.



Pildorita y Rompeollas se fueron al país de los antropófagos, convencidos de que en España los panecillos aeroplanean por las nubes y hasta rizan el rizo.—Solo que, apenas llegaron, encon-



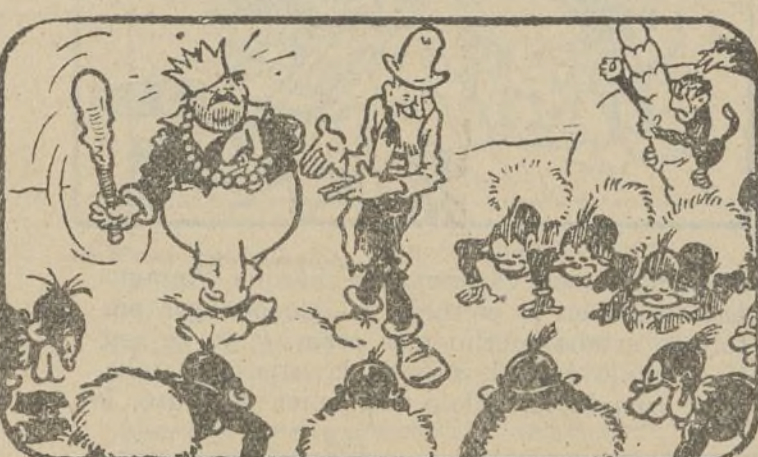
tráronse con que el Rey de Antropofagía no estaba dispuesto a dejarles permanecer en su reino ni medio minuto tan siquiera. No quedaba más recurso que echar a correr, pero a pesar de la



agilidad de sus piernas, el rey los hubiera cachi-porreteado mortalmente, si un mono, protector de tontos de circo a lo que parece, no hubiera llamado al orden al rey con un cocotazo, que lo de-



jó definitivamente fuera de combate. Entonces Rompeollas le quitó la corona y la cachiporra que le servía de cetro, y se presentó a la tribu, diciendo: —Aquí no hay más rey que yo, y Pil-



dorita es mi profeta. Inmediatamente, Rompeollas subió al trono y ordenó a Pildorita que le presentase el menú del día. Al leer el menú hizo un gesto de desagrado. Allí no se comía más que



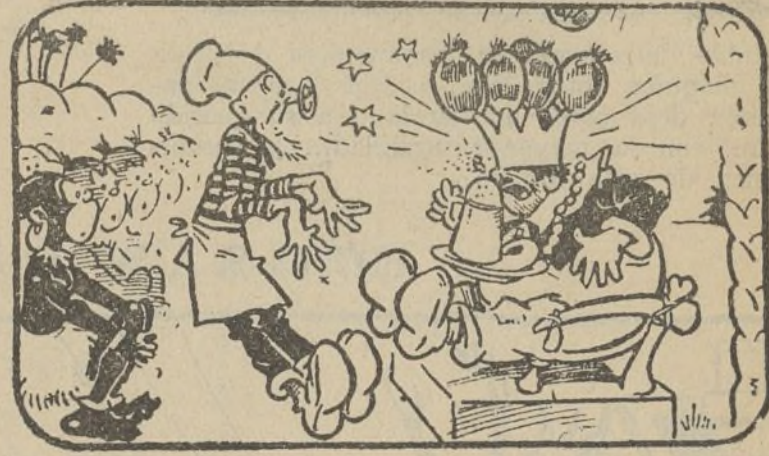
elefante al plato, cocodrilo a la vinagreta y plátanos a la Gran Dumont.—Mira, Pildorita—dijo el nuevo rey a su primer ministro—, a ver si me buscas por ahí un par de orejas de negro



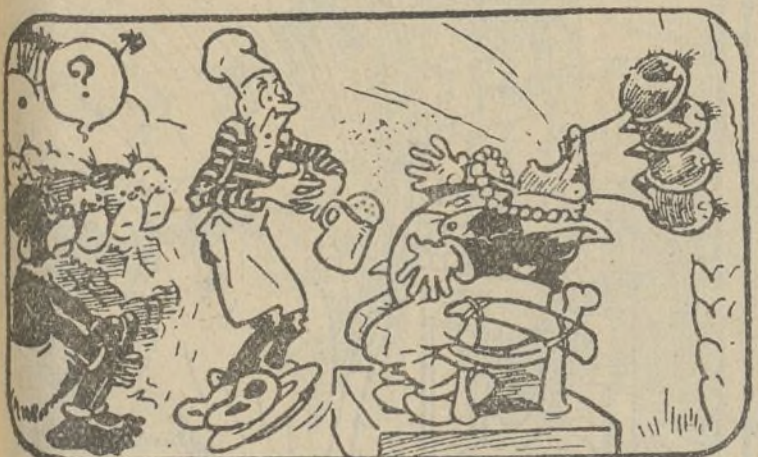
sexagenario. Me haré la ilusión de que me como un plato de orejones con vino tinto.—Pildorita, que no quería hacer daño a nadie, cortó las orejas a un jabalí, y, entregándoselas, dijo a Rom-



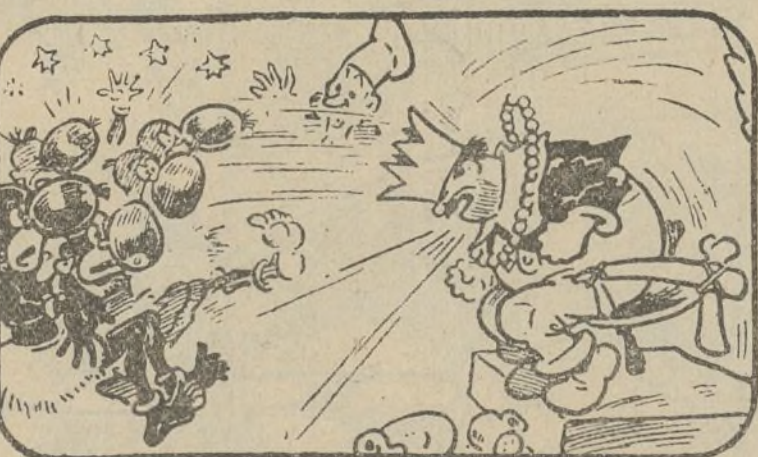
peollas: —Majestad, ya sé que lo de las orejas de negro era sólo una broma más o menos graciosa. Todos sabemos que sois incapaz de hacer daño a una hormiga. Aquí tenéis un par de orejas de



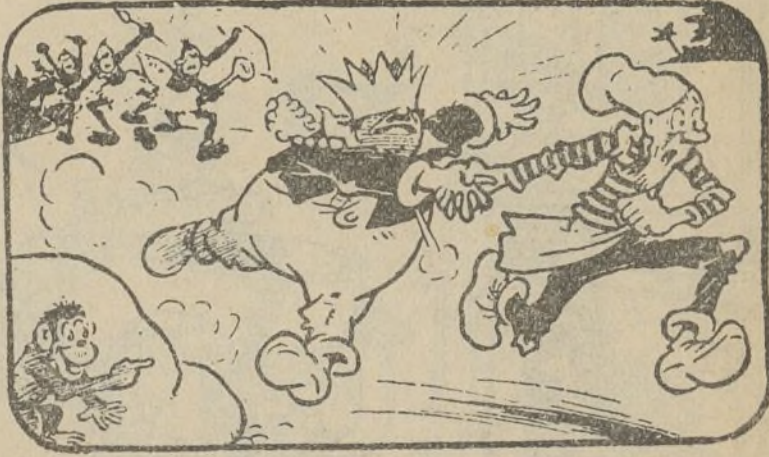
jabalí, que pueden muy bien pasar por orejas de cerdo.—Entre tanto, el mono que antes les salvara, se había subido a la copa del cocotero a cuya sombra se hallaba el trono. Y, sin duda, creyen-



do que Rompeollas había dicho lo de las orejas de negro con todas las de la ley, como, al fin y al cabo, monos y negros vienen a ser de la misma familia, pues nada, que nuestro mono se enfadó, y empezó a disparar cocos sobre la corona del

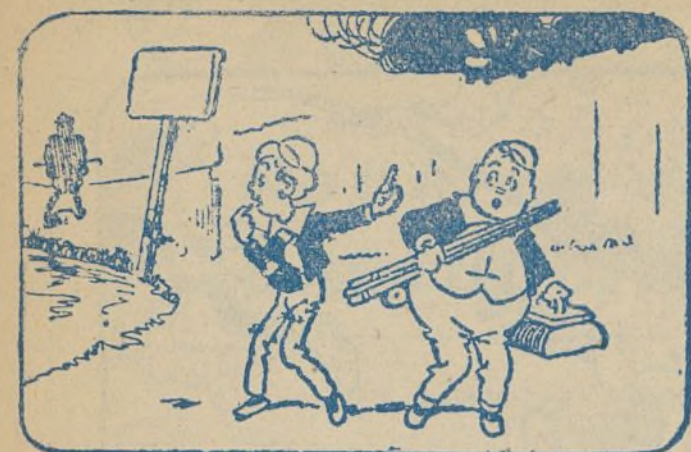


nuevo rey, con tanta furia y agilidad, que en menos que canta un gallo, la corona se vió adornada con un coco como una sandía en cada uno de sus picos. Rompeollas se puso furioso, y sacudiendo la coronada testa, disparó los cocos sobre los

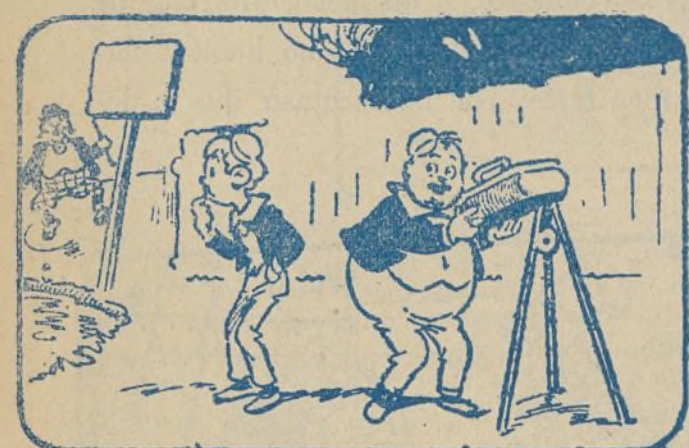


infelices de la tribu, y echó carretera adelante, cogiendo a Pildorita de la mano, y diciéndole: A Madrid, como las balas, que no tengo ya edad para que vengan a asustarme con el coco.

La foto salvadora.



Una mañana salieron Pepito y Currito de pesca. Pero hay que advertir que Currito había salido de su casa sin permiso de sus padres. Cuando más contentos caminaban con

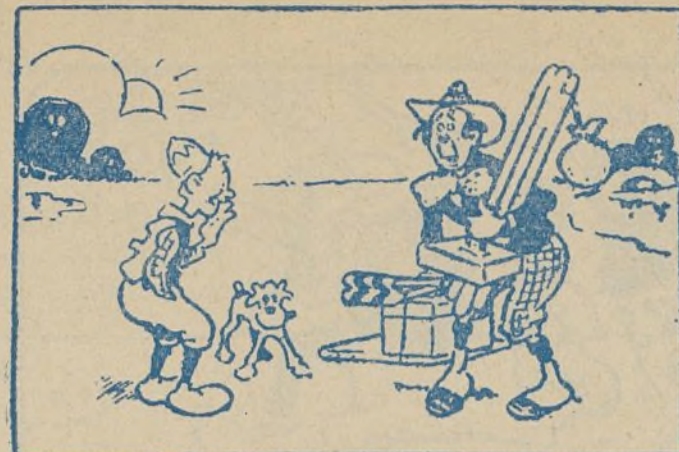


dirección al río, oyen pasos tras de ellos, vuelven la cara y se encuentran con que el padre de Currito se hallaba a pocos metros de distancia. Entonces Currito, cuyo ingenio era in-

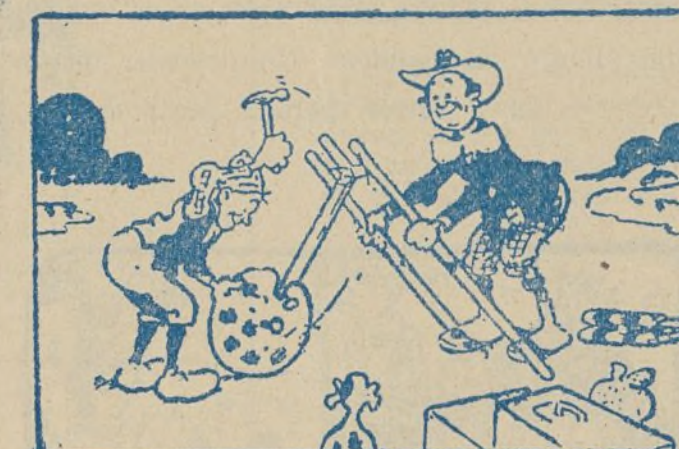


agotable, improvisa con los aparatos de pesca una máquina fotográfica, se tapa con un pañuelo... deja pasar por su lado a su querido padre, con la mayor naturalidad... y desverguenza de este mundo.

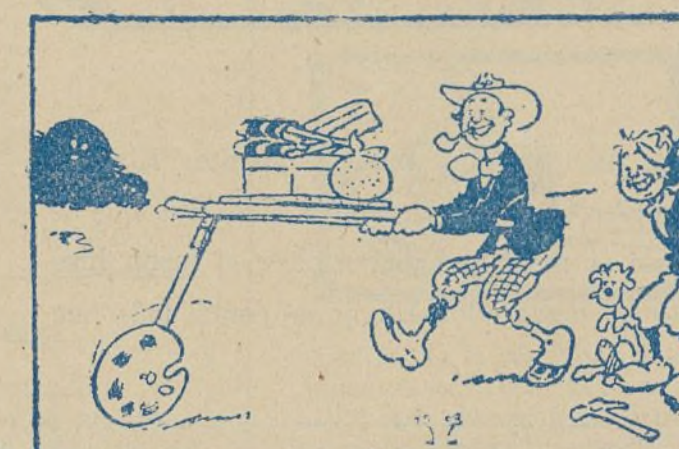
El paleta y la paleta.



Pintamonas se dirigía, anda que te anda, hacia un lugar pintoresco, con propósito de hacer un cuadro inmortal. El no había ido nunca a ese sitio. Fué un amigo quien le indicó el camino que debía tomar; pero el amigo



se explicó mal, seguramente, porque Pintamonas estaba en la creencia de que el lugar pintoresco estaba mucho más cerca, y ya se sentía rendido con el peso de la caja y el caballete, cuando un paleta con quien se cruzó, le



resolvió el conflicto haciéndole con la paleta y el caballete un carrito, sobre el cual puso la caja y el resto de sus utensilios. No hay que decir que, librado de este "peso", la caminata se le hizo mucho menos "pesada".

POR QUE VA AL CONCIERTO



—¡Papá, papá, Juanito me ha hecho burla desde de la tapa, cuando volvía yo del colegio!—Esto decía, el hijo del simpático Regulez, a su papá.

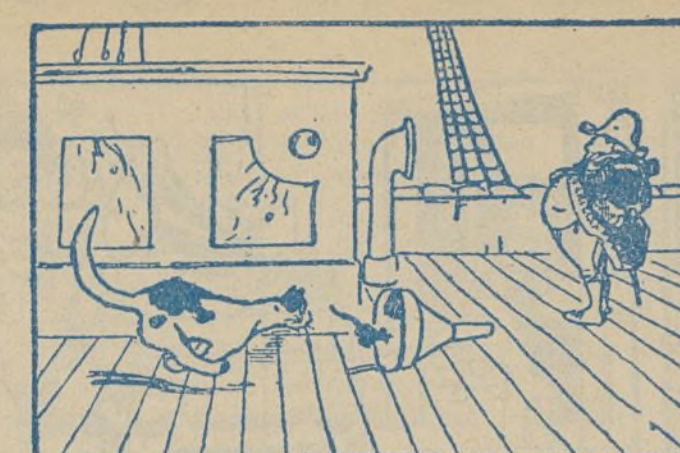


rece. Pero, en esto, un guardia que pasaba por allí, le dice a su hijo: —Corazón mío, ha llegado el instante de demostrar que las piernas sirven para algo. Al ver una esquina, los Regulez se topan con otro guardia.

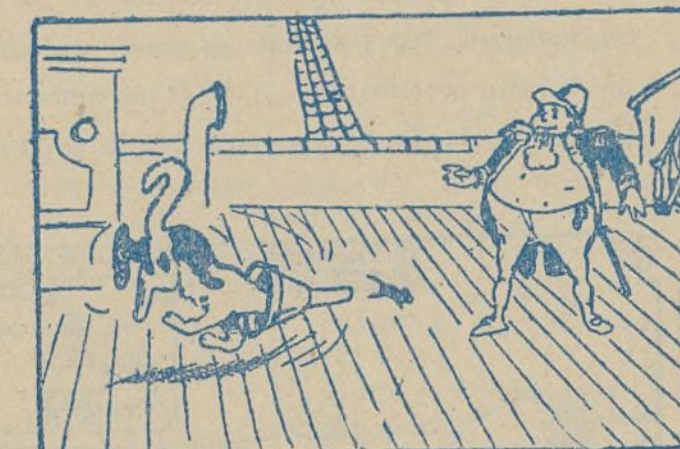


ción a beneficio de los jactanciosos guardias del día... Van a librarse de él a puñetazos, pero el guardia detiene con toda cortesía y le dice: —Tanto mi como yo, le rogamos nos adquiera unas localidades para sentarse en su regazo.

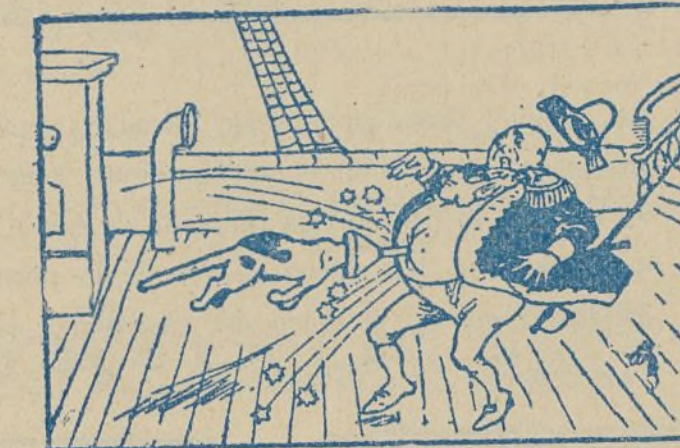
El embudo perforador.



El contramaestre pasea sobre cubierta. Pelotilla, el perro de a bordo, ve de lejos un ratoncillo y se dispone a "reponer fuerzas" a su costa... ¡Zás!... Da un salto casi mortal y el ratoncillo se mete por el ancho de un em-



budo que alguien había dejado olvidado en el suelo. Pero currió que el salto de Pelotilla fué tan formidable que se le quedó el embudo encasquetado en la cabeza como un casco macedónico. ¡Quien pagó los vidrios ro-



tos, es decir, la panza rota, fué el contramaestre, pues Pelotilla, dió otro salto, ahora completamente a ciegas—y le hundió lo estrecho del embudo en el mondongo, del cual salió una cantidad de agua muy superior a la que en tres años puede salir de la Cibeles.

Así se pesca en el Polo.



Pelagatos, el simpático esquimal, vió un sábalo por la tarde que un hermoso jábalo saltaba dentro de un espacio líquido abierto en el hielo. —¡Este sábalo me alimenta a mí



más fijo que el reloj!—se dijo. Y como en eso de nadar, Pelagatos dejaba tamaño al salmónete más flexible del océano, se tiró de cabeza en el agua, con su paraguas a manera

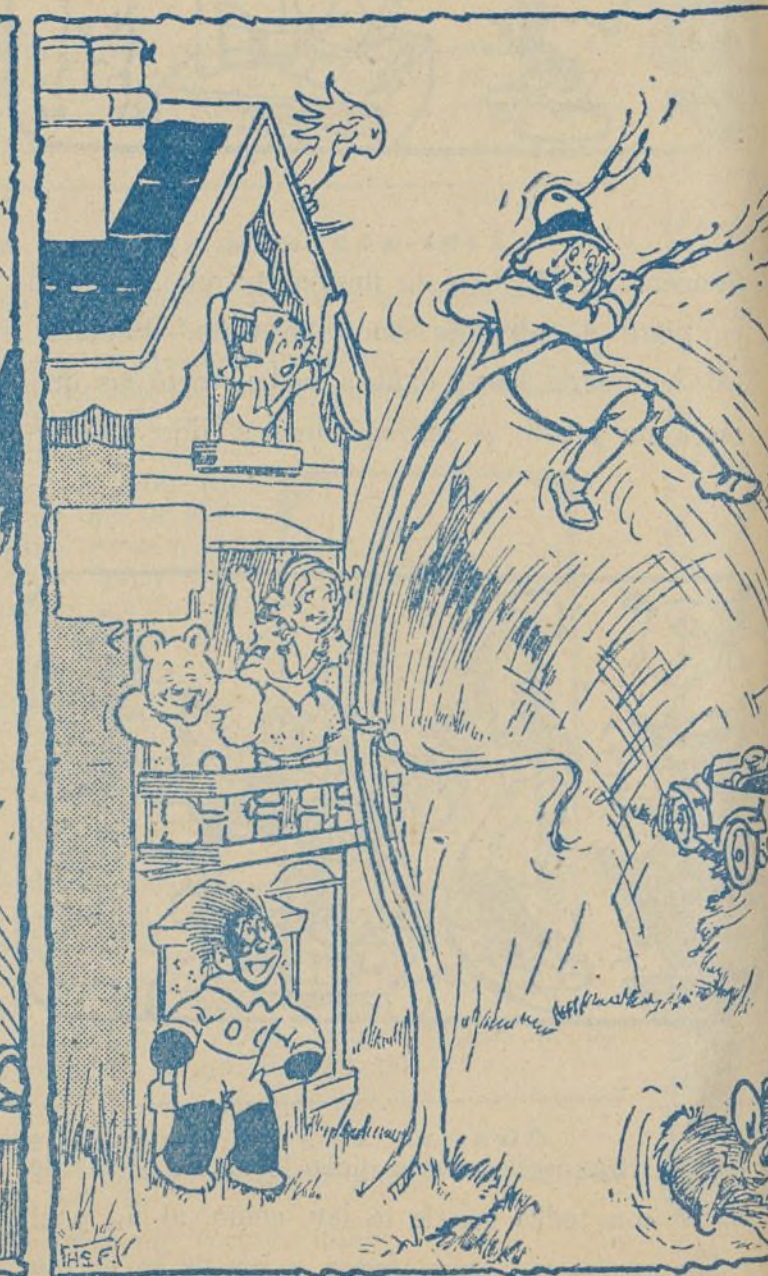


de trinchante, y, a poco, salía del líquido elemento, enarbolando el sábalo perseguido con el cual, aquella noche, se dió un banquete que le dejó alimentado hasta el sábalo, digo, hasta el sábado siguiente.

¡COSAS RARAS DE LA CASA DE MUÑECAS!

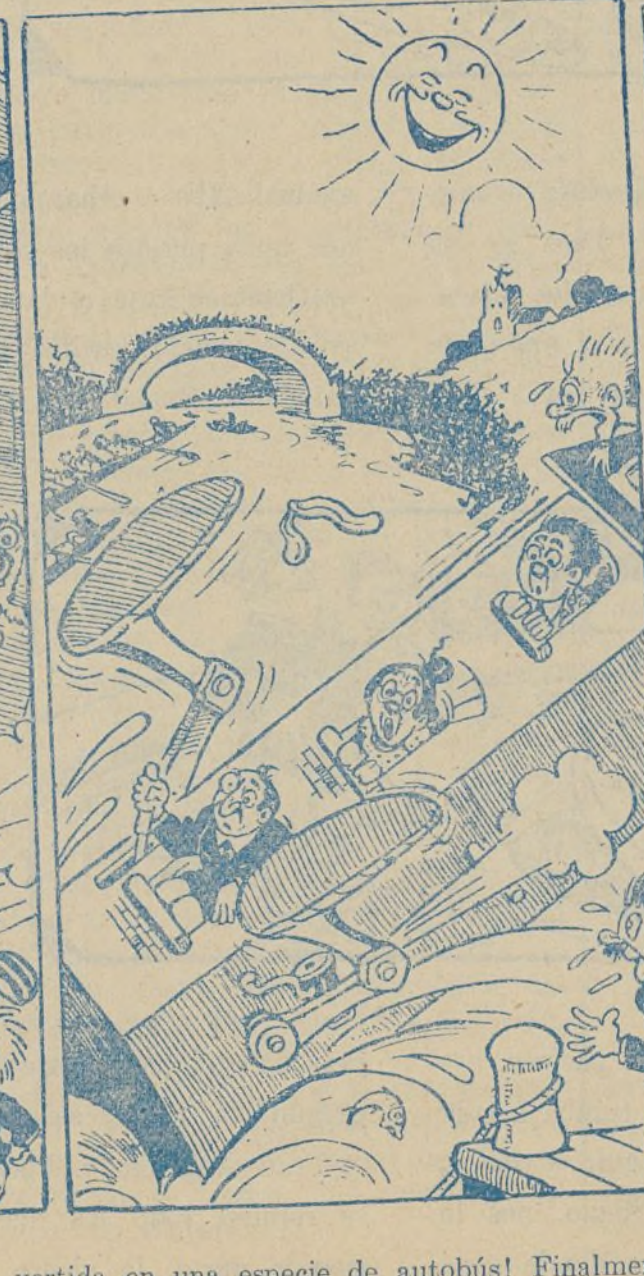


Acababa de salir el rasta-cuervos Millonada de la casa de muñecas y disponíase fanfarronamente a partir en su magnífico automóvil. Ofendida por su vanidad la reina de las muñecas, Monosabio y Tigredonio decidieron jugarle una mala pasada. ¿Cuál? Ya lo estáis viendo. Atan una cuerda a un árbol por uno de sus extremos, y el otro lo atan a la trasera de su automóvil. ¿Resultado? Echa a andar el auto-



móvil; el árbol, cuyas últimas ramas se hallan en forma de orquilla, se inclina, la cuerda se rompe, y la horquilla engancha a Millonada, el cual, al verse ascendiendo inesperadamente piensa que son los mismísimos demonios quienes se lo llevan. ¡Y para pensar esto, figuráos si tendéis la resaca en un momento!

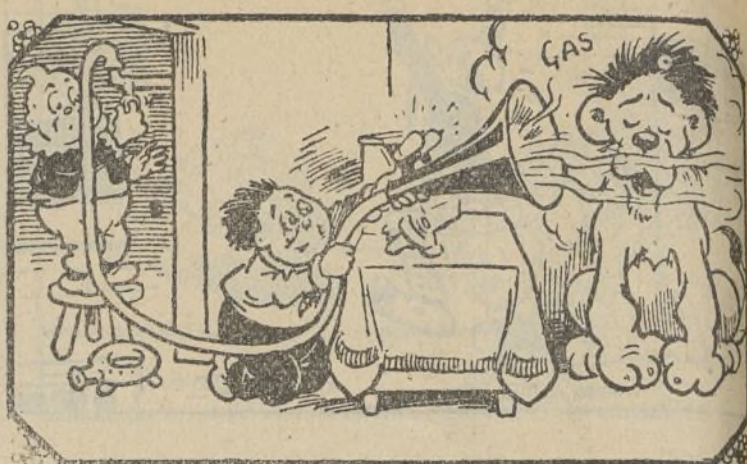
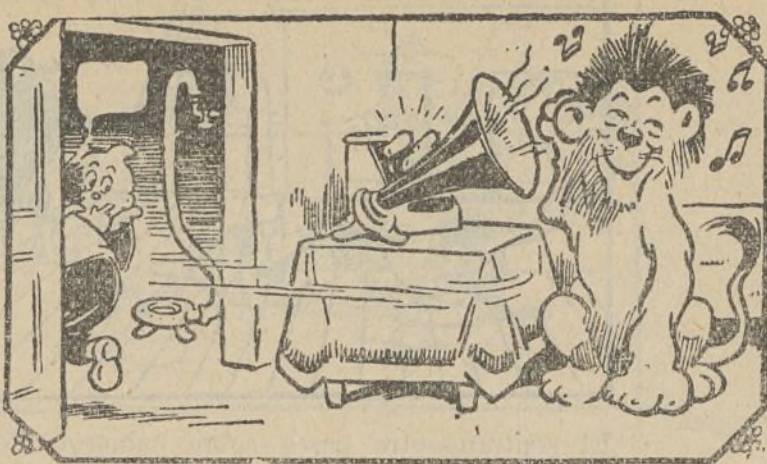
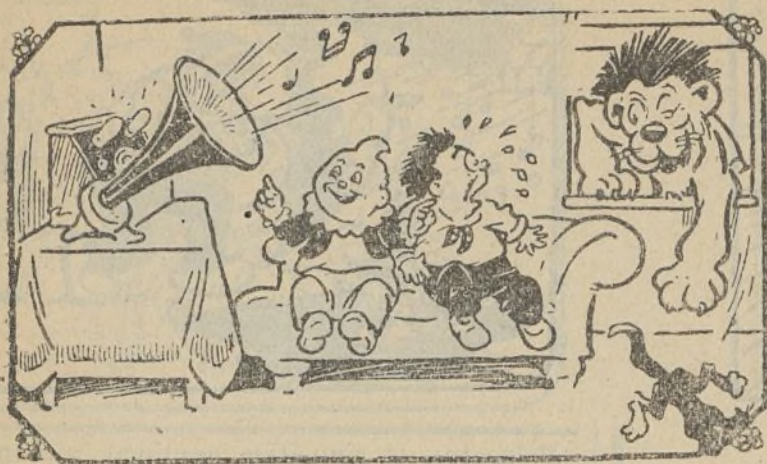
LA CASA-CHIMENEA EN LAS REGATAS



Don Cucufate tuvo una idea genial. Habló con un amigo suyo, célebre ingeniero, y éste, accediendo a su súplica, proveyó a la casa-chimenea de unas patas de hierro descomunales. Cuando don Cucufate vió que su amigo había metido las patas en su sitio, previno a todos sus vecinos de que había llegado la hora de partir. Y que no fué escándalo, que se armó en el pueblo al ver la casa-chimenea con-

vertida en una especie de autobús! Finalmente, al llegar al río, don Cucufate, que llevaba el volante, maniobró de modo que el edificio se tendiera cómodamente sobre las tranquilas aguas, con objeto de que los vecinos, desde las ventanas, presenciáran el soberbio espectáculo y hasta se hicieran la ilusión de que se hallaban en un palco del Real.

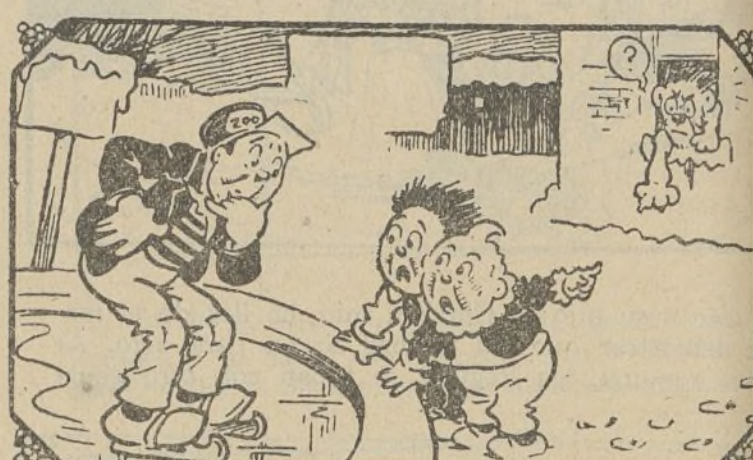
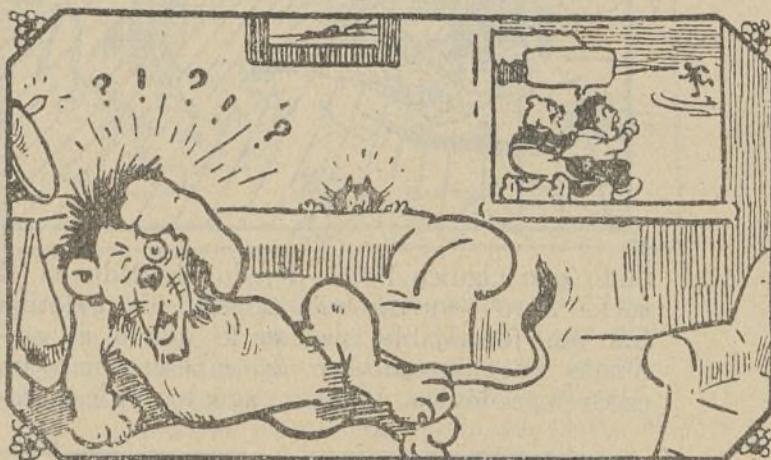
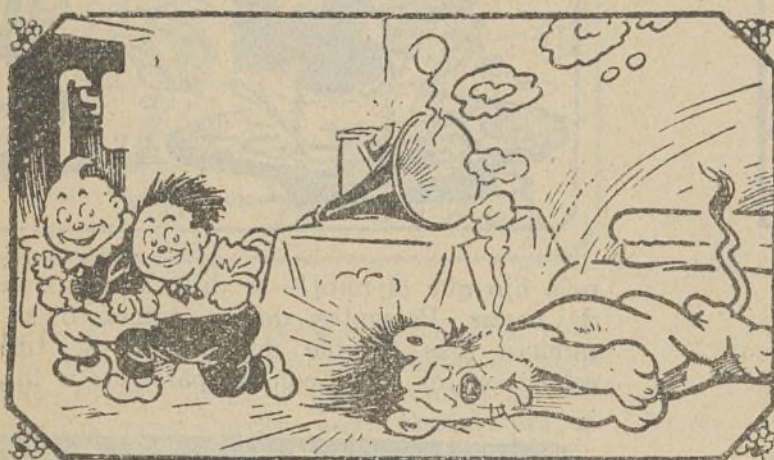
Ayuntamiento de Madrid



Señor director de CAPERUCITA: ¡Yo soy muy desgraciado! ¿Por qué? Porque me han tocado en suerte los sobrinos más traviesos de la tierra. Verá usted, señor director... Yo tengo una "menagerie" o sea una colección de fieras con la que

me gano la cochina vida en un circo de esta corte. Pues escuche lo que me sucedió el otro día... Se hallaban mis sobrinos en casa, oyendo ante un aparato de telegrafía sin hilos un concierto emitido desde la Patagonia, cuando, de pronto, vie-

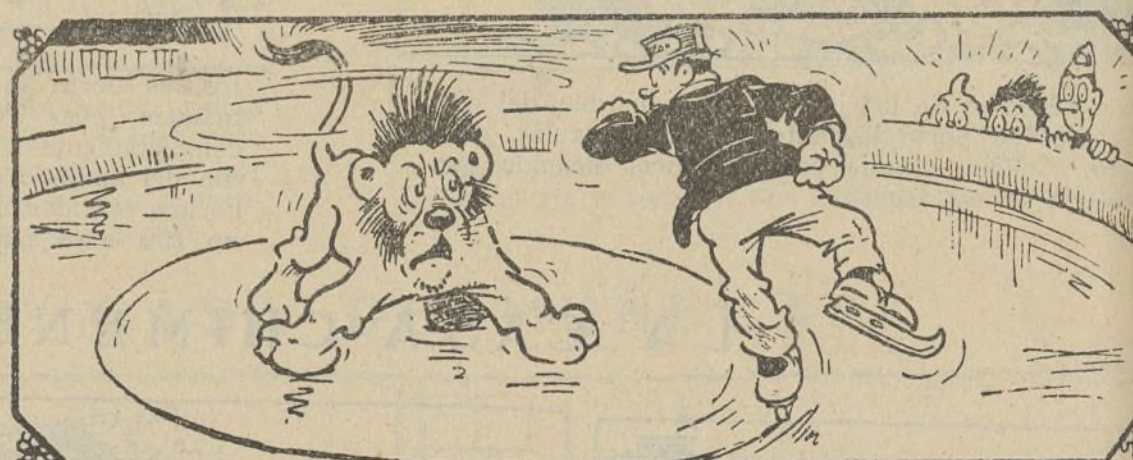
ron que el león de la "menagerie" saltaba por la ventana, sin duda atraído por la dulce música de la Patagonia. Naturalmente, los chicos escaparon con un velocidad de motocicleta perturbada. ¿Y qué se les ocurre? Pues nada menos que enchu-



far la goma del infiernillo de gas a la bocina del amplificador y abrir la llave... ¡Ay, señor director!... El león comienza a sentir una especie de hormiguillo que él, al punto, creyó era resultado de emoción que la música le producía. Minu-

tos después yacía en el suelo dormido como una marmota. Pero como el sueño de un león nunca es todo lo pesado que fuera de desear, a poco se despertó, y los chicos, al ver de lo poco que les había servido el truco del gas, ponen pie en

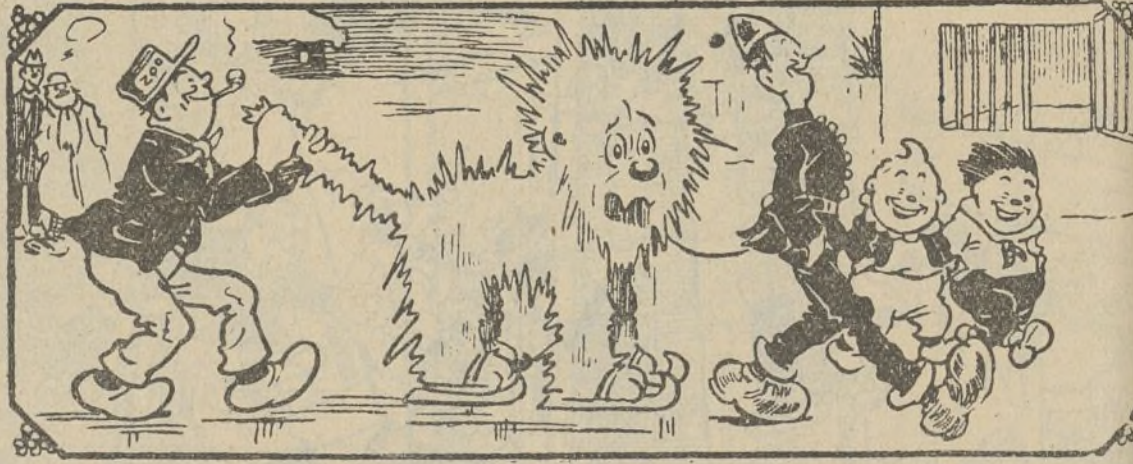
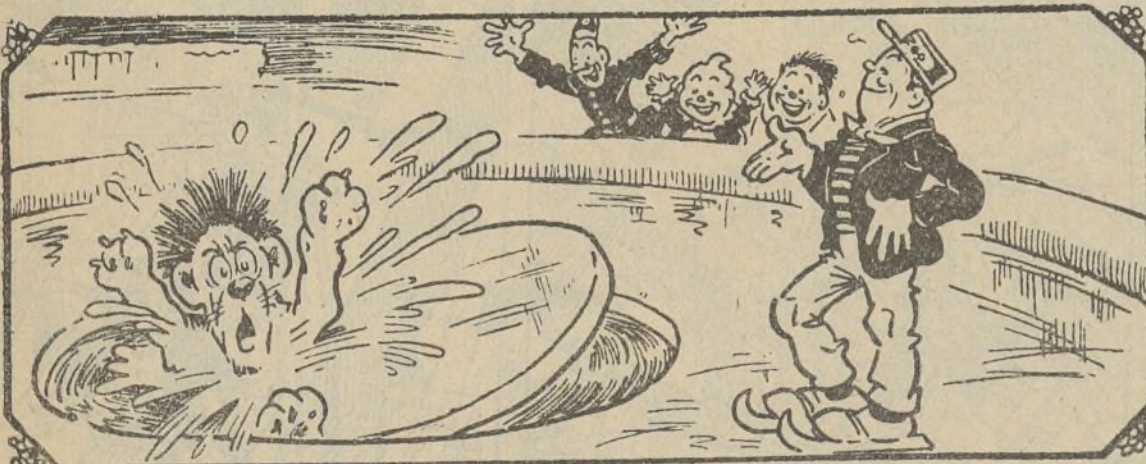
polvorosa y vienen a buscarme, pidiendo socorro. Yo me hallaba, a la sazón, en la pista helada que explotó para ayudarme a ganar esta retecochinísima existencia. ¡Maldita sea! No habían acabado de contarme lo que ocurría, cuando veo al



león, saltando la ventana y dirigiéndose a nosotros con unas intenciones... que Dios se las tenga en cuenta. —Pues, hijos míos—les dije—. Aquí no hay más que "fuí" y poner el motor de las peanas a dos mil kilómetros por hora.—¡Mi

madre! ¡Iba a echar a correr, cuando me fijo en que tenía puestos los patines! Entonces les grité: —¡Ocúltalos bajo el borde de la pista, y yo me salvaré dando vueltas como me dé a entender Satanás! ¡Bueno! Di más vueltas que la "reoli-

na" de un barquillero, y ya estaba pensando que el negocio estaba perdido y que no había que darle vueltas, cuando—¡ay, bendito sea Dios!—, como por arte de magia, el león desaparece tragado por la tierra, es decir, por el hielo. Esto,



claro, fué debido a que yo, con mis patines, había roto el hielo. El león salió de su tumba helada con muy poquitas ganas de perseguir a nadie. Y, entonces, con ayuda de un urbano, nos lo llevamos a la Exposición canina, en donde ganó el primer premio como ejemplar de una raza

perruna completamente desconocida. Ahora me preguntará usted, señor director, que por qué soy tan desgraciado. Pues porque estas aventuras se repiten todo los días, y estoy viendo que, cuando menos lo piense, voy a verme "saboreado" por un bicho de "menagerie", la mayoría de

los cuales tienen unos colmillos como para poner nervioso al caballo de la Plaza de Oriente.

Suyo afectísimo,

Pepino Blando.



DONALD estaba sentado en el heno, mirando con curiosidad a Denpíns, el capataz de la granja, y vigilando al mismo tiempo a su hermana Juanita, que jugaba cerca del carro.

He aquí lo que había dicho su madre, cuando tía Mabel vino por él y Juanita para llevárselos al campo, mientras su mamá se ponía buena del todo:

—Obedece siempre a tu tía, y mucho cuidado con tu hermana. No olvides que es muy pequeñita aún, y que al primer descuido puede ocurrir una desgracia.

Y Donald recordaba haberle contestado muy serio que no pasase cuidado.

Donald miraba muy duramente a Denpíns, el granjero, porque desde hacía unas semanas, antes de la tormenta y de los dos días de lluvia, no le había dejado conducir el carro del heno desde el henar a la casa.

Pero aquella tarde el granjero no estaba para fiarse en el mal humor de Donald. Andaba muy atareado, llamando a todo el mundo y aconsejando que apresuraran, porque se venía encima una nueva tormenta.

Ahora, el granjero se le acercaba, y, después de llamar a Juanita, dijo a los dos hermanos:

—El cartero acaba de traer una carta a vuestra tía, pero creo que la carta es para vosotros.

Y se volvió a su faena, repitiendo incansablemente que hacía un calor sofocante.

Donald pensó que había que ir a saber de qué se trataba, y echando una última mirada al carro del heno, que estaba conduciendo un chico más pequeño que él—Donald tenía diez años—, se dirigió a la casa.

—Vámonos por el río—dijo Donald.

—Vámonos—respondióle su hermanita.

El río se deslizaba al pie del henar, detrás de unos árboles. Seguramente, los trabajadores no los veían, porque si no hubieran dicho a Donald que no fueran por allí, que el sitio era muy peligroso. Las lluvias torrenciales de los días pasados habían elevado el cauce del río, que estaba a punto de desbordarse. La corriente era muy impetuosa y arrastraba troncos y aperos de labranza.

Donald y Juanita se detuvieron en el pequeño y frágil puente un largo rato, viendo cómo chocaban los troncos los postes del puente, hasta pasar al otro lado. Era un puentecito muy lindo, pero sus postes estaban ya carcomidos por los años. El capataz no hacía más que decir que había que arreglar aquel puente, porque el día menos pensado iba a ocurrir una desgracia. Pero, a pesar de sus repeticiones, nunca llevaba a práctica su idea.

—¡Mira! ¡Mira!—gritó de pronto Juanita—¡Ese tronco que viene si que es grande! ¡Uy, qué grande! ¡Parece un barco!

Debajo del puente había un pequeño banco de arena, en el cual encalló el tronco, deteniendo el curso del agua. Donald y Juanita estaban mirando el

tronco con gran interés, sin ocurrírseles que se hallaban en gran peligro, cuando de pronto, el tronco pasó bajo el puente.

De lo primero que inmediatamente se dio cuenta Donald fué de que estaba colgando del barandal, sin sostén a sus pies, porque el tronco se lo había llevado y estaba flotando en la corriente.

Su hermanita había logrado asirse a uno de los pilares de madera, descansando los pies en cuña, tan baja, que el agua casi le mojaba las piernas.

Donald se afianzó al pasamanos y vió a su hermanita, muerta de miedo, abrazada al viejo pilar.

—¡No te sueltes!—le gritó—¡Allá voy yo!

Se fué deslizando hacia donde se hallaba Juanita, temiendo a cada instante que la baranda cediera y se llevase los dos la corriente impetuosa. Pero como lo que él más temía era que el pilar, carcomido, se partiese de un momento a otro, en cuanto estuvo al lado de su hermana, le gritó:

—Deja el pilar y abrázate a mi cintura.

Juanita, que, a pesar de su justificado miedo, conservaba la serenidad suficiente para comprender lo razonable del consejo de su hermano, obedeció sin replicar.

Ya preguntábanse cuánto tiempo podrían permanecer de aquel modo, cuando Denpíns, el capataz, que había oído el estrépito del puente al romperse, apareció por entre los árboles.

—¡Dios mío de mi alma!—exclamó—¿Podrías sosteneros así un minuto más?

En seguida, volviéndose hacia la granja, gritó:

—¡Aquí! ¡Eh, aquí! ¡Traed el carro, pero inmediatamente! ¡Volando!

Su voz fué obedecida en toda prontitud, y, sin embargo, a Donald y a Juanita les pareció un siglo el tiempo empleado hasta sentir a su espalda. Denpíns cogió a Juanita en sus brazos y la descendió al carro y dió luego una mano a Donald para que saltara al carro sin peligro. Minutos después y tras grandes esfuerzos de la yegua, el carro salía del agua y subía a la orilla.

Cuando estuvieron a salvo, Denpíns se volvió solemnemente y dió un fuerte apretón de manos a Donald.

—¡Bravo! ¡Eres un hombre!

Y no dijo más. Lo demás que tenía que decir se lo dijo a su mujer al volver a su casa.

Donald, a su vez, se sentía muy orgulloso de Juanita. Después de todo, la criatura no tenía más que siete años y no había exhalado un grito ni una queja.

—Y ahora, ¿qué prefieres hacer?—le preguntó Denpíns—¿Ir directamente a casa o guiar el carro con la nueva carga?

—Preferiría dar otro paseo en carro. Sobre todo, si Donald lo guiara.

—Pues vamos a dar ese paseo, y dejaremos para un poco más tarde el ir a casa de tu tía.

Y así, Donald guió el carro del heno nuevamente, y dirigió tan bien a la yegua que Denpíns afirmó que era un perfecto granjero, y que lo sería más o mejor si todas las tardes ahorraba un poco de tiempo para dedicarlo a las faenas agrícolas.

Os aseguro que Donald ahorró ese tiempo y lo dedicó a lo que Denpíns le mandaba, especialmente a conducir el carro del heno.



LA PALOMA

(Continuación.)

se había posado.

—Pero, ¿por qué ha huído?—insistió la madre.

—No lo sé, mamá, no lo sé. Sólo puedo decirte que, de pronto, cuando más tranquila parecía a mi lado, echó a volar como asustada por algo que no alcanzo a comprender.

CAPITULO II

Aquella misma mañana había salido Teobaldo con otros caballeros a una partida de caza. ¡Eran famosas en todo el contorno las monterías del señor de Falkenburg!

Amanecía... Los alegres pajarillos saludaban a la aurora en sus maravillosos trinos de ensueño. A la voz de "¡Paso al señor!", con gran estrépito cayó el puente levadizo... El cortejo de la montería salió majestuosamente del castillo de Falkenburg...

Teobaldo tenía un gran corazón, pero su carácter alegre, su buen humor, siempre dispuesto a todas las chanzas y a todas las jocosas ocurrencias, le habían dado cierta fama de hombre de no muy cristianos sentimientos.

Error fundamental... Teobaldo era un fervoroso creyente, y sus sentimientos caritativos, los más ajustados a la verdadera moral cristiana. Pero... acabamos de decirlo... Era hombre un poco aturdido, que meditaba poco las consecuencias, agradables o desagradables, que pudiera tener la primera idea bienhumorada que se le ocurriese.

En todo el contorno se contaban de él anécdotas acusadoras de su carácter alegre y despreocupado.

Los sucesos a que se referían algunas de estas anécdotas, indudablemente

no podían ser contempladas, en manera alguna, con mirada complacida desde el cielo. En cierta ocasión, durante la fiesta del lugar dependiente de su castillo, ordenó a uno de sus criados que uniera con una cuerda diez o doce de los puestos que algunos mercaderes habían establecido provisionalmente—tan sólo aprovechando la ocasión de la fiesta—en la plaza del Consistorio. El criado llevó a feliz término la orden recibida, con tanto disimulo y habilidad que ni uno siquiera de los mercaderes se dió cuenta de la maniobra. Cuando supo Teobaldo que su orden había sido ejecutada al pie de la letra, dijo a su criado:

—Perfectamente... Ahora di al cochero que lleve la carroza a un extremo de la plaza, y una vez allí, encárgate tú de atar el extremo de la cuerda que ha servido para unir los puestos a un hierro cualquiera de la parte posterior de la carroza.

¿Comprendéis el final? En cuanto fué ejecutada esta segunda orden, Teobaldo subió a su carroza y ordenó al cochero:

—Sal al galope, camino adelante, y no te preocupes de nada, suceda lo que suceda.

Naturalmente... Echar a andar la carroza, y, tras ella, como por arte de encantamiento, una fila entera de puestos, todo fué uno.

Sólo se oían gritos como estos: —¡Mis avellanas! ¡Mis torraos! ¡Mis vasos! ¡Mis tazas! ¡El pan de mis hijos!

¡Inútil será añadir que Teobaldo pagaba luego con creces todo el daño causado. Con creces y gustosísimo... El sólo se había propuesto pasar un rato de holgorio, sin más preocupación acerca de lo que pudiera costarle su extravagante capricho.

Esta tendencia a las bromas, más o

menos pesadas de su carácter, le indujo aquella mañana de la montería a trammar y ejecutar la siguiente: la de hacer entrar a uno de sus invitados en una estancia en donde previamente había sido encerrado un perro. El lector, al pronto, pensará que el caso no tiene importancia, pero no seguirá pensando lo mismo cuando sepa que el perro había sido envuelto en una piel de tigre, con tanta habilidad, cuidado y esmero, que bien podía ceptarse como el más dañino y furioso de la selva. Añadid que la estancia en cuestión hallábase en una suave penumbra, y que el pobre invitado que debía de sufrir la broma era tan corto de vista que no acertaba a ver tres en un burro.

La ocurrencia estaba preparada para el anochecer, cuando el cortejo se dirigiese, de vuelta, al castillo, y debía tener lugar en la casa de uno de los guardabosques de Falkenburg, muy cerca a aquél.

Pero las consecuencias de la broma no fueran tan divertidas como Teobaldo esperaba. La víctima elegida para ella pareció enloquecer del susto, y como un verdadero demente salió de la estancia y echó a correr, despavorido, a campo traviesa.

Teobaldo salió tras él, gritándole que no se asustara de aquel modo, que todo no había sido más que una broma.

Todo inútil... El fugitivo seguía corriendo como alma que lleva el diablo, y Teobaldo tras él.

En lo más álgido de la carrera, tropezó Teobaldo con una piedra, cayó sobre otra sima, y recibió tan fuerte golpe en la frente, que quedó en el suelo sin sentido...

Recordemos que Inés extrañóse sobremanera al ver el vuelo inesperado y repentino de la paloma.

Otila, su madre, que tampoco acertaba a explicarse el fenómeno:

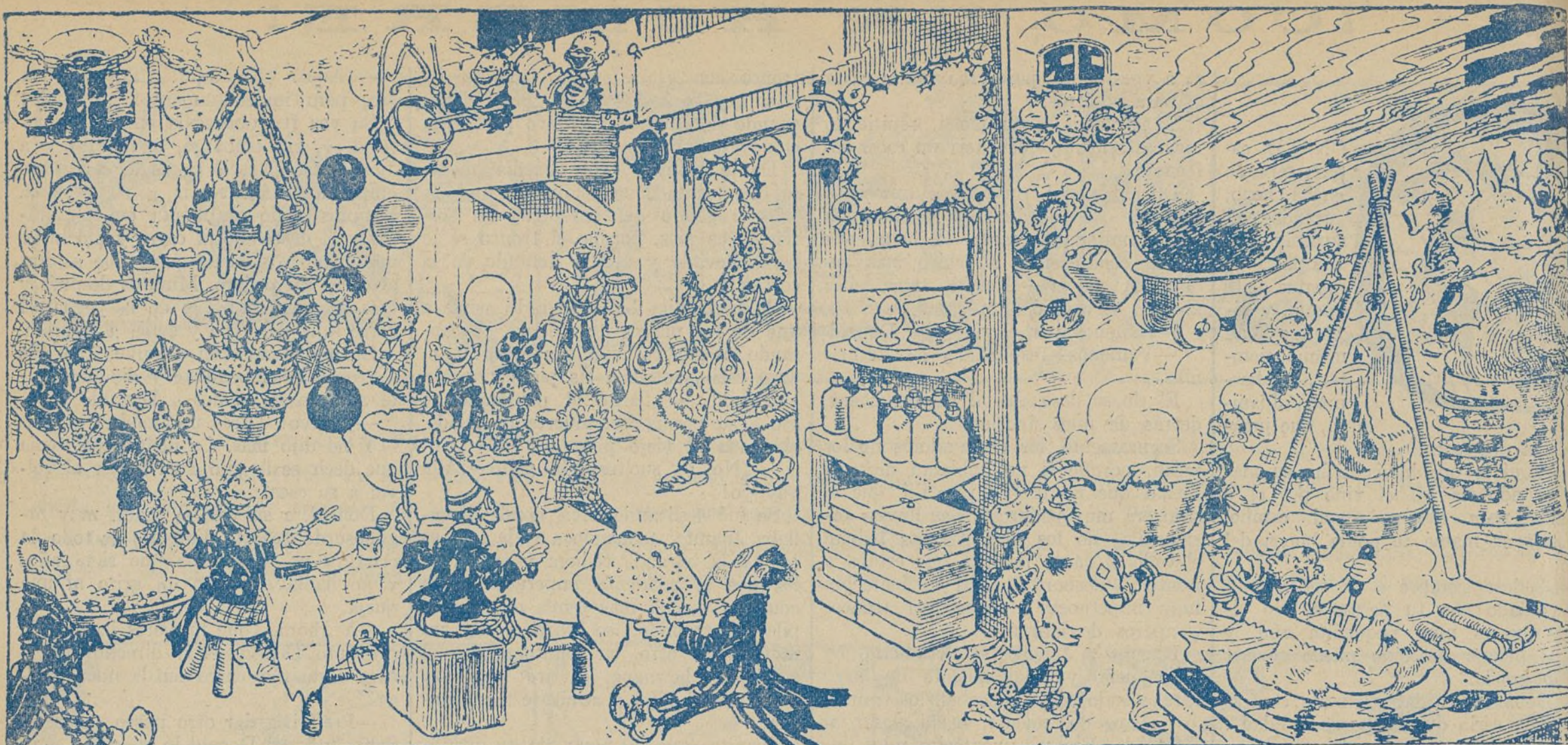
—Ven, hija mía—le dijo—. Salgamos al campo a ver si es que el animal se ha asustado por algún ruido que no ha podido llegar hasta nosotras.

¡Figuraos su dolorosa sorpresa al comprobar que, en efecto, había sido un ruido lo que había asustado a la paloma! ¡El ruido del cuerpo de Teobaldo al caer al suelo! Pero lo horrible del caso era que el señor de Falkenburg había caído al borde mismo de un precipicio, si no muy profundo, de profundidad suficiente, al menos, para no haber podido contarle, de haberse despeñado por él. Y, con toda seguridad, se hubiese por él despeñado, al primer movimiento de su cuerpo.

El vuelo de la paloma, produciendo curiosa extrañeza en su esposa y en su hija, le había salvado. Pero, indudablemente, si en vez de volver en sí, como volvió, en lugar seguro, desjiertan sus sentidos al borde del abismo en que había venido a caer, habrían bastado los primeros movimientos inconscientes de su despertar para precipitarse, despeñado, en las profundidades de la sima.

El infeliz embromado fué detenido, al fin, por varios servidores del castillo. Afortunadamente, bastaron algunos simples cuidados para calmar la violenta excitación de sus nervios.

Cuentan las crónicas que Teobaldo escarmentó para siempre de su excesiva afición a embromar a amigos y enemigos, y que gracias fervorosas fueron dada al Señor por la evidente manera con que había recompensado a los Falkenburg de su cristiano gesto al aceptar, para su cuidado, la dulce paloma extraviada que, una tarde, como enviada del cielo, vino a posarse humildemente a los pies de su vástago...

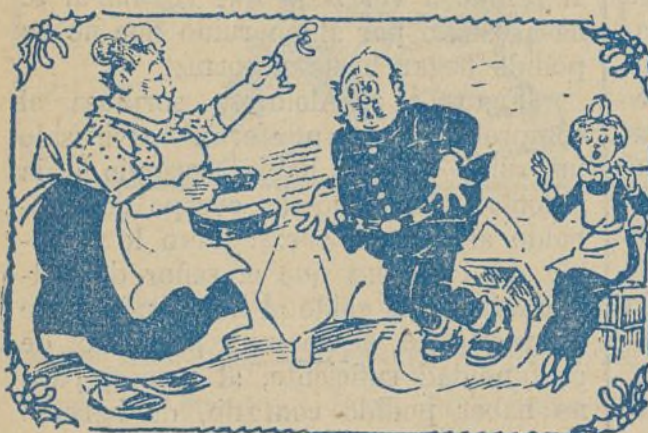


El banquete que ofrecerá «CAPERUCITA» a los niños en Navidad, si son juiciosos durante el resto del año.

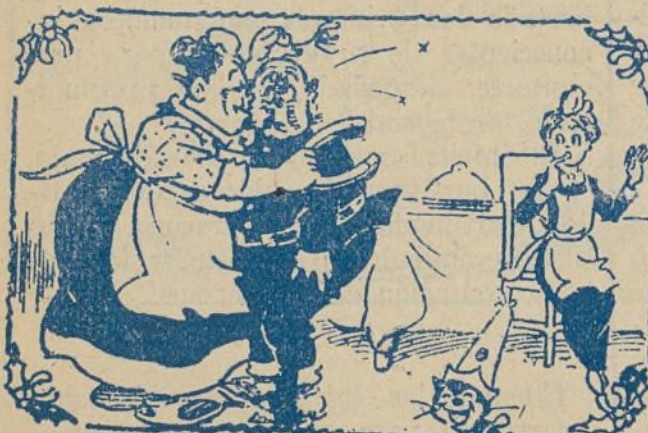
¿QUE TIENES EN LA MIRADA?



El simpático guardia Cachupín iba todas las noches a cenar a casa de un comisario, a quien servía con más asiduidad y celo que al orden público. Claro, del roce nace el cariño, y por esta razón Cachupín y la cocinera del comisario llegaron a amarse con fatiguitas de muerte, pero la cocinera



era vieja y bastante mal parecida y la doncellita era un primor de picardía y de gracia. Una noche, estaban Cachupín y la doncella diciéndose unas cuantas tonterías, cuando llegó la cocinera y gritó: —¡Cachupín, no te hagas ilusiones! ¡Eres mío y nada más que mío! El fuego de mi mirada te



atrae como un imán!—. ¡Y vaya si le atrae! Pero no con el imán de sus ojos, sino con un imán de a cuatro pesetas que había comprado en la ferretería de enfrente y que atraía los botones de Cachupín con una fuerza que ya quisiera Onofriof.

BROMAS DEL HERMANO LOBO



El hermano Lobo tenía hambre y era pleno invierno... Sabía que en el tronco de un árbol vivían unos conejos, a los cuales era inútil perseguir porque siempre le habían burlado, y sabía, también, que, por allí cerca andaban unos perros, que, a su vez, perseguían a los conejos sin



descanso. ¿Y qué se le ocurrió? Pues ocultarse bajo la nieve, dejando las cuatro patas fuera, y el hocico, para respirar, lo mejor disimulado posible. En efecto, los perros se figuran que las cuatro patas son las orejas de los conejos, se acercan, y ya se disponen a meterles el diente,



cundo el hermano Lobo se levanta... y no llega a echales mano porque los perros se dieron una carrera que si le llega a tocar a un coche de punto, transforma al cochero, en un día, en un millonario yanqui.

UNA NEGRA QUE SE VE NEGRA



La negra Rebanada iba una tarde, muy contenta a su casa, dispuesta a asar y a comerse un pavo relleno que había robado de una cabaña próxima. Pero la vió otra negrita, la Canija, la cual, envidiosa, le larga un puntapie en salva sea la parte. Como



llevaba sus patines de punta, el puntapie resultó de doble filo y a Rebanada, vencida por el dolor, se le subió el pavo, es decir, se le fué de las manos, desuido aprovechado por la Canija para arrebatarse la codiciada presa. Para colmo de desgracia, Rebanada,



al "regresar" del salto que le produjo el dolor del puntapié, se sumergió en una brecha de hielo, accidente que facilitó la huida de la Canija traicionera. Habrá que esperar que Dios no deje esta mala faena sin castigo.